[Publicado previamente en: *Jano* 98, 1973, 113-114, 117-118, 120 y 123. Editado aquí en versión digital por cortesía del autor, bajo su supervisión, sin ilustraciones y con la paginación original].
© José María Blázquez

# Causas de la decadencia y hundimiento del Mundo Antiguo

José María Blázquez Martínez

La decadencia y hundimiento de la Antigüedad han apasionado siempre y más en el siglo presente, debido probablemente al hecho de que nuestra civilización ofrece muchos rasgos comunes con la del fin del Mundo Antiguo, ya que la cultura occidental está en un período de transición, como la de Roma en los s. III y IV. Baste recordar que el libro del profesor de la Universidad de Roma S. Mazzarino titulado *El fin del Mundo Antiguo* ha sido un *best-seller* en Occidente. Pasaremos revista a las principales teorías propuestas. Ya E. Gibbon en su libro clásico, titulado *Decadencia y caída del Imperio Romano,* aparecido entre 1776 y 1788, se planteó las causas de la decadencia del Mundo Antiguo. El sabio inglés echó la culpa al cristianismo, que predicaba unas virtudes y un género de vida que influyó negativamente, cuando el Imperio se hizo cristiano, en la marcha de la gravísima crisis que padecía, desde siglo y medio antes, desde la época de Marco Aurelio. Textualmente escribe Gibbon, uno de los mejores representantes del pensamiento del s. XVIII: "Los clérigos predicaban con gran éxito la doctrina de la paciencia y de la pusilanimidad, se destruyeron las virtudes activas de la sociedad y las últimas huellas del espíritu militar se refugiaron en los conventos, gran parte de la riqueza pública y

privada se dedicó a obras de caridad y devoción, la paga de los soldados se malgastó alegremente en mantener multitudes de gentes de ambos sexos, que eran inútiles para la sociedad, que sólo valoraban la abstinencia y la castidad. La fe, el celo, la curiosidad y las pasiones de la ambición encendieron las discordias teológicas; la Iglesia y el mismo Estado se dividieron en grupos religiosos, cuyos conflictos a menudo acabaron en sangre, y siempre fueron implacables. La atención de los emperadores se centró en los sínodos. El Mundo Romano fue oprimido por una nueva tiranía, y las sectas perseguidas se convirtieron en secretos enemigos de su propia patria... Los obispos inculcaban una obediencia pasiva al soberano ortodoxo..." Recientemente algunos investigadores marxistas han vuelto a echar la culpa al cristianismo del hundimiento del Mundo Antiguo. Defendió el cristianismo siempre la lealtad al Imperio, pero se opuso tenazmente al culto del emperador, que sirvió de amalgama a pueblos de lenguas, cultura, religión y economía tan diferentes. El Apocalipsis de S. Juan no es más que un panfleto, profundamente antirromano, contra el culto al emperador, en este caso Domiciano, que a finales del s. I, al igual que Calígula (37-41), se divinizó en vida. Ya en la Antigüedad hubo intelectuales, como el historiador del s. V, Zósimo, que era pagano, que echaron la culpa al cristianismo de la decadencia del Imperio. A mediados del s. III, S. Cipriano, obispo de Cartago, tuvo que defender, en su carta a Demetriano, al cristianismo de ser el causante de la gravísima crisis que aquejaba a la sociedad romana, pero entonces los paganos creían que la crisis se debía a que los dioses, por culpa de la expansión cristiana en el Imperio, les negaban su protección. Indiscutiblemente el cristianismo tuvo una gran carga revolucionaria dentro de la sociedad romana, en los tres primeros siglos; le vio la administración como un cuerpo extraño, que predicaba unas virtudes contrarias a la tradición romana. Fue fundamentalmente hasta el s. IV la religión del subproletariado urbano, de todos los marginados social y económicamente, como ya indicaron los enemigos del cristianismo, como Celso, en el s. II y admitieron los apologistas cristianos, como Justino, Atenágoras, Tertuliano, Minucio Félix y Orígenes. Era el cristianismo una democracia radical, forma política esta última extraña a la de los gobernantes del Imperio, donde los obispos eran elegidos por votación popular de la comunidad, sin intervención ninguna de obispos de otra diócesis, el poder eclesiástico estaba continuamente sometido a crítica y censura, como lo indican los ataques, hacia el año 170 de Irineo y de Polícrates al obispo de Roma, Víctor, con motivo de querer este último imponer la fecha de la Pascua, que una treintena de años antes se habían inventado en Roma; y las censuras de Hipólito a Calixto (217-223), obispo este último de Roma, que, al decir del primero, toleraba el aborto y legalizó el amancebamiento de las damas de la aristocracia romana con sus esclavos, lo que consideraba el Papa, el mayor del Mundo Antiguo, matrimonio; y de Cipriano a los obispos

de Roma, que permitían el aborto y admitían el bautismo de los herejes. Muchos cristianos, por razones de conciencia, se negaron al servicio militar, como Tertuliano, que fue el primer objetor de conciencia conocido dentro del cristianismo, que era pacifista, lo cual, en época en que se necesitaban soldados para defender el Imperio, era grave. El cristianismo defendió la más absoluta libertad de cultos religiosos, como lo hizo Tertuliano y San Atanasio, y la separación de la Iglesia y del Estado. De los datos que ofrece San Atanasio en el s. IV sobre los monjes de Egipto se deduce claramente la tesis, que ha defendido sobre los orígenes del monacato cristiano el gran historiador recientemente fallecido Stein, de que una de las causas principales de su fundación fue huir del servicio militar y de pagar tributos, tan necesarios estos últimos en el Bajo Imperio para el Estado. Pero lo más grave del cristianismo y lo que pudo contribuir más a la decadencia del Mundo Antiguo, no son las virtudes que predicaba el cristianismo, sino el que la Iglesia, después de la conversión de Constantino, se convirtió en un Estado dentro del Estado romano, con una legislación y una administración especial reconocidas por el Estado, independientes de él, que han llegado en algunos Estados hasta el s. XX; se cargó la Iglesia de privilegios, y se convirtió en una gran latifundista, todo esto es lo que realmente perjudicó gravemente al Estado romano, pero el cristianismo no es la causa determinante del hundimiento del Mundo Antiguo; posiblemente aceleró su caída ya irremediable en Occidente.

A. E. R. Boak, profesor de Historia Antigua en la Universidad de Michigan, especialista en Historia Bizantina, publicó un estudio, que ha tenido gran aceptación en América del Norte, titulado *Historia de Roma hasta el año 565*. Este investigador, nacido en Halifax, Nueva Escocia, en 1888, cree que la causa de la caída de Roma se debe al déficit de la mano de obra que sufrió el Imperio, que tuvo efectos desastrosos en la agricultura, en la industria y en los servicios públicos; los decenios comprendidos entre los años 235 y 284, lo que se conoce con el nombre de la Anarquía Militar debido a las continuas luchas y a la peste, que asoló todo el Imperio durante 15 años y vació, al decir de los contemporáneos, ciudades enteras (ya a mediados del s. II, en época de Marco Aurelio, hubo otra pertinaz peste), fueron desastrosos para la población rural. El ejército, falto de nuevos reclutas desde mediados del s. II, alistó bárbaros, lo que produjo la barbarización del ejército ya en el s. III. El nombramiento de Maximino Tracio (235-238) como emperador significó el triunfo de la soldadesca bárbara. También se dio la sustitución de esclavos en la administración por personal libre. La falta de mano de obra se agravó en el s. IV por la valoración cristiana de la castidad, y por el control de la natalidad, ya que en Roma, al decir del historiador Amiano Marcelino, las mujeres no querían tener más que un hijo. Sin negar que el déficit de mano de obra fuera grande, no parece que fuera causa determinante de la caída del Imperio Romano. Tenney Frank, profesor norteamericano de

la Universidad John Hopkins y famoso por sus libros *An Economic Survey of Ancient Rome, An Economic History of Rome, Roman Imperialism* y *Life and Literature in the Roman Republic*, publicó en 1916 un estudio en que defiende que la decadencia de Roma se debe a la mezcla de razas. Roma, al igual que España y Portugal en América o África, nunca fue racista, aunque España lo fue en la Península, ya que los estatutos de limpieza de sangre no son más que racismo puro, como muy acertadamente ha escrito nuestro J. Caro Baroja. Al emanciparse todos los griegos y orientales esclavos, cambiaron el carácter del cuerpo ciudadano, motivaron el absolutismo, la expansión de las religiones orientales, la decadencia de la literatura latina y la desaparición de la clase gobernante que construyó el Imperio. De 13.900 inscripciones sepulcrales estudiadas el 90 % son de extranjeros.

N. H. Baynes, profesor de Historia Bizantina, en la Universidad de Londres, que ha criticado en 1943 algunas de las teorías propuestas sobre la decadencia del Imperio Romano, objeta a Tenney Frank que la nacionalidad de los esclavos se indica raramente en las inscripciones sepulcrales y que difícilmente se conoce su origen.

En 1916 Vladimir G. Sunkhovitch publicó un trabajo atribuyendo el colapso de Roma a que el suelo de Roma y de las provincias estaba exhausto. Los campesinos no podían pagar las contribuciones, pues el terreno era improductivo. En el año 395, sólo en Campania, se habían abandonado 528.000 yugadas. Ya en el s. I la agricultura itálica no era rentable, pero Plinio el Viejo lo atribuye a la existencia de grandes latifundios, tan maravillosamente descritos en el *Satiricón* de Petronio, lo que motivó que se obligase a los senadores procedentes de las provincias a invertir su capital en la agricultura itálica. Baynes opina, contra Sunkhovitch, que el suelo de las provincias no estaba exhausto, como lo prueba los documentos que se conocen de Egipto. En Egipto y en el resto de las provincias tuvo efectos fatales sobre la agricultura los métodos de administración en la explotación del suelo implantados por Roma. La decadencia de la agricultura es su resultado, no la causa, que hay que buscar en los abusos del sistema fiscal, que al ser la agricultura en el Bajo Imperio la principal fuente de riqueza, gravaban al campo y terminaron por arruinar a los agricultores. Perjudicó también a la agricultura el absolutismo de los dueños de las tierras.

Según el gran historiador Otto Seek, la decadencia de Roma se debe al hecho de que a partir del s. III hubo una selección al revés. Los emperadores se dedicaron a exterminar la capacidad y el mérito personal, y a extender la mentalidad servil, a lo que contribuyó el triunfo del cristianismo. Lot objetó a esta tesis que si hay una época de grandes personalidades, ésta es los s. III y IV, como lo demuestran las vidas de Atanasio, Basilio, Ambrosio y Agustín, por no citar más que gente de Iglesia. Para Nilsson, profesor sueco, la primera autoridad en religión griega, la decadencia de Roma vendría motivada por un cambio racial. De la raza dependía la

calidad de la civilización romana. La raza romana cada vez estuvo más diluida y más barbarizada, pero, como muy bien objetó Beynes, en la región donde la mezcla de razas fue mayor, Asia Menor, la actual Turquía, en el Bajo Imperio no hubo decadencia alguna, ni en lo intelectual, ni en lo social, ni en lo económico, ni el cristianismo aquí fue funesto.

En 1915, W. L. Westermann, profesor de las Universidades americanas de Missouri, Minnesota, Wisconsin, Cornell y Columbia, célebre por sus trabajos sobre la esclavitud en el Egipto Ptolemaico y por su libro sobre la esclavitud en Grecia y Roma, dedicó un estudio a la base económica de la decadencia de Roma, tesis ésta que nosotros creemos de gran probabilidad; comenzó su trabajo examinando brevemente las tesis propuestas sobre las principales causas de la decadencia de Roma, que eran: el sistema de tributos; el descenso de la población; el drenaje de metales preciosos hacia el Este; el cristianismo; y la infiltración de los bárbaros en el Imperio.

Los esclavos fueron la columna vertebral de la economía del Mundo Antiguo. A partir de las guerras de Marco Aurelio, ante la falta de soldados, los prisioneros, en vez de ser vendidos, en gran parte fueron al ejército. El *Asno de oro* de Apuleyo, novela escrita hacia el 170, describe la agricultura del N. de África en manos de colonos. El cristianismo, aunque no luchó contra la esclavitud, que fue defendida por San Agustín como el mal menor, necesaria para no cambiar el orden establecido —el primer Santo Padre que arremetió violentamente contra ella, fue San Juan Crisóstomo —, favoreció la manumisión. No disponemos de datos estadísticos sobre el número de esclavos y su relación con la población libre. Westermann cree que en el Oriente nunca desempeñaron un papel importante en la economía. Los esclavos se dedicaron a la industria y al comercio, pero en número reducido. Contraria a esta tesis es la de muchos autores marxistas, quienes defienden que el colapso de Roma vino por falta de esclavos dedicados a producir riqueza. Westermann opina, en lo relativo a la segunda causa, que el descenso de la población es un resultado de la decadencia, y sólo secundariamente y cuando la decadencia estaba muy acentuada, su causa. La fuga de metales preciosos hacia el Este no está demostrada; sólo se conoce un texto de Plinio el Viejo, sobre las importaciones romanas de la India. En la vida de Santa Melania, muerta en 431, hay datos de una gran abundancia de oro en el Imperio. Westermann libra al cristianismo de haber contribuido a la decadencia del Imperio; según este autor ni el ascetismo ni el monacato afectaron al Imperio. En Occidente, Galia, Germania, Britania y España, donde la crisis fue más aguda, el cristianismo tuvo muy pocos adeptos hasta comienzos del s. V, y la introducción del cristianismo fue reciente. En Roma, hacia el año 250, según cálculos del gran historiador del cristianismo primitivo, Harnack, la población cristiana oscilaba entre un 3% y un 5% y hacia el año 300 en Oriente sólo la mitad de la población era cristiana. Mérito grande del profesor americano es definir bien el carácter de la catástrofe y el tiempo en que

ocurrió. La bancarrota intelectual va del año 150 al 300. En época de Constantino hay un mundo intelectual nuevo, que se parece en muchos aspectos a la Edad Media y no a los dos primeros siglos del Imperio; este cambio se acusa bien en el Arte. Para Westermann jugó un papel importante en la decadencia del Mundo Antiguo la aparición de grandes latifundios imperiales y privados. Las minas de oro y plata eran propiedad del emperador. Los latifundios ocasionaron la decadencia del vigor intelectual de la población agraria, la disminución de fincas dedicadas a la agricultura y el establecimiento de colonos, que motivaron la ruina de la población industrial de la ciudad. De hecho, la aparición de los colonos, después de Marco Aurelio, coincide con la decadencia de la ciudad, y la cultura greco-romana fue siempre fundamentalmente una cultura urbana. La decadencia de la ciudad llevo consigo la ruina de la industria, del artesanado y del comercio, centrados en las ciudades y motivó el nacimiento de una economía agraria cerrada. Los grandes latifundios tendían a ser unidades económicas cerradas, es decir, tendían a abastecerse de lo que ellos mismos producían.

Rostovtzeff, el gran historiador ruso de la economía de Grecia y Roma, veía en la desaparición de las élites, en la democratización de la cultura y en la unión de los campesinos y soldados contra las ciudades, las causas de la decadencia de Roma. Es verdad que las élites del Bajo Imperio posiblemente no tengan que ver nada, a juzgar por los datos sobre los senadores béticos hispanos del s. IV, con la aristocracia de los siglos anteriores. El triunfo del cristianismo, que era profundamente democrático, tendía a democratizar la cultura, que antes había estado en posesión de pequeñas y selectas élites, y en este sentido también el cristianismo pudo contribuir al hundimiento del Imperio Romano. Las fuentes antiguas no hablan de una vinculación de los campesinos y soldados contra la ciudad como regla general.

Creemos nosotros que las causas fueron múltiples y no una sola; fundamentalmente fueron económicas, pero, como todas las crisis, abarcaron a la cultura en toda su totalidad; hubo crisis, política, social, económica y religiosa, según señaló ya San Cipriano. La devaluación de la moneda en un 50% en época de los Severos (193-235) y la aparición del gran latifundio, con todo lo que ello lleva de concentración de riqueza en pocas manos y de explotación de las clases débiles, demuestran que el Imperio en Occidente estaba económicamente podrido. Agravaron la situación las invasiones de francos y alamanes a partir de mediados del s. III. A finales de este siglo, la subida de los precios era galopante y Diocleciano la quiso cortar con su *Edicto sobre los precios*, del año 303, sin conseguir nada. La decadencia es un proceso lento, que comienza con Cómodo (180-193) y que dio como resultado un tipo nuevo de cultura, muy parecido al Mundo Medieval. Vogt cree que lo que hubo fue una metamorfosis de la cultura.